

Jordi Gracia

**Javier Pradera
o el poder
de la izquierda**



**Medio siglo de
cultura democrática**



ANAGRAMA
ARGUMENTOS

Índice

PORTADA

PRÓLOGO SOBRE EL HOMBRE INVISIBLE

1. CUANDO ERA EL LARGO

2. EL VALOR DE LA CONSPIRACIÓN

3. DE LA RESISTENCIA A LA REVOLUCIÓN

4. A LA SOMBRA DE CUBA

5. NUEVAS AMISTADES

6. LOS NUEVOS PODERES

7. TRANSICIÓN SIN TRAUMAS

8. HACIA LA SOCIALDEMOCRACIA

9. VÍSPERAS DEL GOZO

10. VOLVER A EMPEZAR

11. EL SOTOBOSQUE GOLPISTA

12. EN EL REINO DE DIOS

13. EL ARTE DE LA INDEPENDENCIA

14. UN BIENIO NEGRO

15. EN LA BORRASCA INTERMINABLE

16. MEMORIA Y MELANCOLÍA

EPÍLOGO SENTIMENTAL

PIES DE ILUSTRACIONES

CRÉDITOS

Para Jordi Herralde y su medio siglo de revolución

Maquiavelo sigue siendo útil a quienes pretenden entender el mundo del poder, bien sea para explotarlo en favor de sus intereses, bien sea para civilizar su ejercicio.

JAVIER PRADERA

En un despachito con un teléfono y una máquina de escribir, pilota Alianza Editorial, controla Siglo XXI, asesora al FCE y escribe editoriales para *El País*.

JORGE HERRALDE, *Por orden alfabético*

Es fácil ser más listo cuando todo ha pasado.

HANS MAGNUS ENZENSBERGER

PRÓLOGO SOBRE EL HOMBRE INVISIBLE

Con algo de hechicero de la tribu y algo de tótem enigmático, Javier Pradera fue sobre todo un peligroso hombre de acción y pensamiento. Entre un Malraux sin novelería y un Fouché sin codicia, manejó sus múltiples poderes de modo con frecuencia abrasivo pero nunca intransitivo. Su imaginación funcionaba de manera programática y apenas nada de lo que hizo estuvo animado por la seguridad estática o la prevención cobarde y conservadora. Casi todas sus aventuras vitales nacieron improvisadas, como trenes cogidos al vuelo y a menudo sin cálculo y sin miedo al riesgo. Había saltado a sus veinte años desde la confortable cavidad intrafranquista de una familia de la Victoria hacia la intemperie pura de la militancia comunista. Pero cuando sintió que esa nueva familia política dejó de ser operativa y creíble la abandonó para buscar a ciegas o a tientas las rutas que sacaran a la sociedad española de la ucronía franquista y la instalaran en los circuitos de las democracias occidentales.

Nadie podía garantizar el menor éxito a la editorial Fondo de Cultura Económica en el territorio comanche que era la España de 1963, pero él se sumó al invento con veintinueve años; nadie preveía que la editorial Alianza se convertiría enseguida en un portaviones civilizador para varias generaciones desde 1966, y también estuvo Pradera en el vientre de esa empresa. Menos previsible iba a ser aún la relevancia de su papel cerca del cofundador de PRISA, Jesús Polanco, antes incluso de crear el nuevo periódico de la democracia en 1976, *El País*, en cuya matriz iba a estar también Pradera. Tampoco el peso creciente de su opinión desde el anonimato editorial y desde el mismo consejo del periódico estuvo previsto ni programado por nadie.

Y sin embargo Pradera no se agota en esta síntesis biográfica. Late detrás de los datos un enigma a menudo indescifrable incluso para sus mejores amigos, una suerte de doble fondo que trasciende la anécdota e instala a Pradera en una zona borrosa, inapresable e inmaterial pero insustituible. Este libro trata del poder de la izquierda porque a Pradera no puede explicársele sin él y porque la izquierda lo tuvo a él como uno de sus nódulos más productivos y eficientes. Casi toda su actividad se explica por la intimidad autista del lector y editor, fraternalmente combinada con el impulso político de lo colectivo, del horizonte común y de largo recorrido como justificación

de sí mismo y sus múltiples actividades. La opacidad pública de su figura es solidaria o hermana de la construcción del poder de la izquierda cuando la izquierda era una provincia marginal y exigua de la vida pública española. Pero a la vez pocos intelectuales españoles suscitaron en democracia enemistades tan enquistadas como Pradera, y también pocos desdeñaron tan visiblemente como él la fama de cartón piedra del poder frente al poder desnudo. Estuvo siempre mejor informado de lo que exhibía y fue tan escéptico como desdeñoso ante los presuntamente informados o los infatuados por clase y rango; fue ajeno a la cabriola del jactancioso pero también víctima, casi siempre consecuyente, de sus sarcasmos corrosivos.

Casi he confesado ya que este libro contiene dos libros y es que, como casi todos los míos, también este ha ido mutando mientras lo escribía. De la semblanza de un editor fundamental pasó a ser también el envés de un crucial conspirador antifranquista. Al final, creo que ha acabado siendo otra cosa todavía: la crónica subterránea del poder de la izquierda, antifranquista primero y democrático después, a partir de Pradera como centro de una red de vínculos, colaboraciones, enlaces potencialmente efectivos entre múltiples esferas políticas y culturales. En público y en privado ha dicho más de una vez Felipe González que para él Pradera sigue siendo lo que fue *cuando entonces*: el «disco duro de la Transición», el que todo lo sabía y todo lo recordaba, el que no olvidaba quién, cuándo y por qué dijo o hizo esto o lo otro en cada conato conspirativo antifranquista o en cada episodio crítico de la democracia. Otra metáfora menos atrevida pero igual de persuasiva llega de Joaquín Estefanía para hablar de la plasticidad asociativa de Pradera a través de sucesivos círculos concéntricos. A un núcleo cerrado de íntimos acceden de forma selectiva, transitoria o permanente, los miembros de los círculos sucesivamente más alejados del núcleo duro.

Este dibujo tiene algo de centro de operaciones militares con las antenas conectadas en distintos radios de acción y distintas disciplinas –escritores, editores, juristas, economistas, políticos, periodistas–, pero también tiene mucho de laboratorio de gestión de ideas ajenas, de malla productiva de complicidades creadoras. No dejó de crecer con los años esa red y acabó siendo una especie de programa de acción fractal e interconectado, como un insólito pionero de las redes sociales, o como si fuera él mismo una precoz y poderosa red social. La búsqueda incansable de sinergias fue buena parte de su temperamento vital y militante detrás de una mesa y de un teléfono fijo, cableando los dispositivos profundos para una nueva sociedad. Contarlo a él es, en el fondo, contar los avatares de la iz-

quierda antes y después de Franco. Por eso en el fondo este libro es menos la biografía de Pradera que la historia del poder de la izquierda en la España contemporánea. Entre sus virtudes estuvo imaginar las condiciones para la conquista del poder y la vigilancia crítica sobre ese mismo ejercicio: neutralizó desde muy temprano las tentaciones utópicas y estériles de la izquierda y buscó su reeducación para convertirla en instrumento de cambio, primero moral e intelectual, después político y ejecutivo. La añoranza sentimental de la revolución no aplastó la defensa programática de las condiciones de posibilidad para una izquierda de gobierno. Solo desde los despachos del poder y desde la producción legislativa, la izquierda podría materializar un programa de transformación social, más allá de la reivindicación callejera, la movilización obrera y la fantasía utópica.

La laberíntica recolecta de testimonios ha propiciado una combinación desafortunada de ángulos luminosos y sombras impenetrables sobre Pradera y sus batallas. Han sido muchos, y casi todos aparecen mencionados en el libro, pero quiero destacar por distintas razones a Natalia Rodríguez-Salmones –la primera y más transparente ruta a la intimidad personal y profesional de Javier–, a Joaquín Estefanía, Miguel Ángel Aguilar, José María Maravall, María Cifuentes, Santos Juliá, Juan Cruz, Rocío Martínez-Sempere y José María Ridao (que empujó al libro para que dejase de ser la semblanza de un editor y buscarse el retrato integral). Ha sido vital el auxilio de Mercedes Chuliá desde el servicio de documentación de *El País*, y Jordi Herralde sale de un modo u otro en múltiples entre líneas de este libro, incluida la primera página, pero se sumó a la aventura sin saber todavía, ni él ni yo, que la aventura acabaría en Anagrama.

Pese a la pluralidad de los testigos, en todos resaltaba de forma fulminante una solemnidad que trascendía los méritos objetivos de Pradera para tasar la complejidad de la persona, sin atenuar ni sus excesos ni sus injusticias flagrantes. Parecían contagiados de la veracidad intransigente del mismo Pradera, o seducidos por la ejemplaridad de quien dijo lo que tenía que decir cuando tenía que decirlo y donde debía decirlo. Los testigos adversos, aquellos que han identificado en Pradera una suerte de *deus ex machina* de sus múltiples desgracias o frustraciones, a veces con razón, proceden sobre todo de la prensa escrita, del memorialismo o del periodismo con propensión canallesca y comisarial. Expresan por oposición la sustancia del poder de Pradera como intelectual y editor pero también como abrasivo polemista con firma y a cara descubierta. Su inventiva para los apodosos crueles ha sido legendaria, y alguno no ha des-

aparecido todavía del léxico común (o podría volver en cualquier momento, como la «esfinge sin secreto» que fue José María Aznar).

Quizá la razón más secreta y sobrevenida de este libro está en el intento de entender el funcionamiento del poder, o al menos una dimensión del poder que escapa a la institucionalización bendecida por la burocracia de un Estado, el poder que emana a veces con violencia y a veces con la ejemplaridad de una figura sin títulos, sin nombramientos, sin ceremonias: como si de veras el poder y la autoridad fuesen un atributo innato y no una atribución transitoria. Sigue arraigadísima en mí la impresión de que solo de forma retroactiva hemos empezado a entender, quienes vivimos de niños la Transición, la trascendencia de Javier Pradera como brújula de la izquierda e ideólogo de la socialdemocracia. Para entender algo de su historia y de la historia de la izquierda tenía que deshacerme de buena parte de su memoria. Hube de desandar el camino que la tribu había trazado para entronizar a un tótem, y desplegar después la topografía más veraz posible de quien seguiría siendo hasta el final un enigma o un tótem impenetrable. Por eso este libro es todavía dos cosas más: una meditación insatisfecha sobre las pasiones de un editor sabio y un asalto al mejor antropólogo de la fauna política de la democracia y de la política como medio antropofágico.

1. CUANDO ERA EL LARGO

De la edad más menuda conservó pocos recuerdos pero muchas malas sensaciones. La infancia de Javier Pradera no transcurrió propiamente en su casa, sino en casa de sus tíos, y ni siquiera creció en la ciudad donde nació el 28 de abril de 1934, sino en una ciudad ajena, Madrid. Siempre quedó San Sebastián como refugio y consuelo para los veranos mientras se instalaban *recogidos* en Madrid tras el final de la guerra. Como recordó años después, aquella familia estaba «realmente muy cerca del cogollo de la vida política del país», y con él se cumplió alguno de los ritos de paso: vivió su escolarización de niño aplicado en el colegio de El Pilar en los años cuarenta mientras convivían la madre, Carmen de Gortázar, y los tres hijos con su tío Juan José Pradera. Era hermano de su padre y en casa regía el mando de una abuela tremenda –María *la Brava* era su apodo–, como no era extraño tampoco recibir año tras año la visita a domicilio, y también tremenda, de Carmen Polo. La mujer de Franco acudía allí para honrar la memoria de los muertos y saludar a los tres hermanos, *pobrecitos*, *los huerfanitos*, con la afectada pronunciación piadosa que imitan todavía hoy los Pradera y que yo le oí a Javier reteniendo una carcajada explosiva.

Era verdad, por una vez, lo que decía Carmen Polo. El 6 y el 7 de septiembre de 1936 detuvieron en San Sebastián a su abuelo un día y a su padre al otro para mandarlos a la cárcel de Ondarreta, antes de la toma de la ciudad por las tropas sublevadas. A ambos los fusilaron expeditivamente y arrojaron sus cuerpos en fosas comunes del cementerio de Polloe. Su abuelo Víctor Pradera había sido un relevante e icónico político del carlismo más tradicionalista (con calles por todos los sitios y referencia ineludible). Lo habían matado poco después de publicar en 1935 *El Estado nuevo*, partidario de todos los reaccionarismos posibles, desde la Falange de José Antonio hasta el Bloque Nacional de José Calvo Sotelo, y firme adversario del nacionalismo de Sabino Arana. Para matar al padre, Javier, debieron encontrar menos fundamento pero idéntica pulsión: era funcionario técnico del Ayuntamiento de San Sebastián, y una doble delación lo condenó a muerte sin más y sin otros cargos que ser hijo de Víctor Pradera y un tanto «jatorra», según Pradera. Contaba Javier dos años y pico, y desde entonces «rezaba todas las noches por mi padre y mi abuelo», y seguiría siendo durante años niño de rosa-

rio y comunión, aunque todavía no desfilase como Pelayo de las juventudes tradicionalistas. Lo haría en cuanto cumpliese la edad reglamentaria.

No era un entorno doméstico especialmente dotado para el diálogo o la negociación, y quizá con nadie menos que con la familia llegada de San Sebastián tras terminar la guerra. A un joven sociólogo recién establecido en Oxford, José María Maravall, le contaba Pradera hacia 1972 en una entrevista, suspendiendo la respuesta durante varios segundos mientras inhalaba el humo de un cigarrillo, que aquella era una familia diezmada y en «circunstancias bastante especiales». No parece muy seguro de querer seguir por ese camino confesional, el silencio se prolonga, los titubeos se multiplican, y Pradera acaba escurriendo el bulto ante un asunto que todavía le incomoda a sus casi cuarenta años: «En esto de los recuerdos hay tanta selectividad, ¿verdad?» Y ahí termina la respuesta sobre su medio familiar, al menos de momento.

Los niños Pradera (1938).

El enredo no era pequeño, en realidad, y la excusa para eludir ese pasado se antoja legítima o natural: la madeja de sentimientos arraigados en la infancia fue en su caso una suerte de lastre o de foco de tensión que estallaría en distintas direcciones, incluso contradictorias, durante su vida adulta. Apenas conservaría amigo alguno de su paso por el dichoso colegio de El Pilar, pero sí algún recuerdo de su indolencia: «Usted, Pradera, ni ve, ni oye, ni entiende, ni se entera, ni comprende», le decía uno de los padres educadores, poco antes de que Pradera viviese como continuidad natural su salida del colegio y su ingreso en la universidad. Las huidas a los billares de los *luis* seguirían siendo poco menos que las mismas tanto si salía del Pilar como si salía de San Bernardo, en una suerte de prolongación de la infancia indolente o de un mismo mundo inmóvil donde nada era cuestionable y los marcos de comprensión del franquismo resultaban inalterables. Tanto él como su hermano mayor, Víctor, fueron destacados estudiantes, además de hermanos con todas las de la ley, incluidos los abusos físicos y psíquicos del mayor sobre el menor, hasta que el menor devolvió una santa bofetada derribando al mayor al suelo. Ahí se reequilibró una relación que fue siempre estrecha y cómplice a lo largo de los años, y mucho más distante con su hermana, Machi (María Milagrosa).

Pradera podía no haber escapado nunca a la atmósfera oscura y opresiva de una familia privilegiada de la Victoria. Podía haber se-

guido la ruta natural de contraamaestre jurídico del régimen y dócil instrumento de la prosperidad franquista, pero escapó al molde desde muy temprano. A principios de los años cincuenta pisa por primera vez la universidad para cursar la carrera de Derecho sin vocación ni convicción. Pero empezó entonces a configurar una tupida red de contactos que desembocaría a la vez en una pluralidad de papeles y experiencias inesperadas, casi experimentales y en gran medida solo imaginarias. Con él llegaban a las aulas otros jóvenes (casi todos varones) de buena posición, como él mismo, todos con sus trajes graves y sus corbatas estrechas, su formalidad de pelo recortado y sus gafas de pasta negra.

Que él procedía de la zona más turbia del régimen era seguro porque su apellido pesaba más que él. Figuraba tan alto en las vitrinas de los mártires de guerra como su propia estatura: su abuelo Víctor Pradera era mucho abuelo como ideólogo y portavoz del reaccionarismo tradicionalista de antes de la guerra. Su temprana e innata propensión al humorismo, sin embargo, podía complicar la imperiosa religiosidad de aquel régimen en las aulas del nacionalcatolicismo. Clemente Auger recuerda sin ningún titubeo el origen de su perdurable complicidad con Pradera en una de sus provocaciones: ninguno de los dos supo reprimir la risa cuando el auxiliar del doctor Puigdollers, el beato José María Ruiz Gallardón, acababa de santiguarse para empezar la clase. La fulminante expulsión del aula los dejó esa tarde en el caserón de San Bernardo deambulando para fraguar una alianza vital y biográfica que recorrería múltiples etapas pero ya no iba a romperse desde entonces.

A Pradera no le brotó la pasión por el Derecho en la universidad pero sí la pasión por las ideas y la política. Empezó entonces a cuajar la fantasía de ser algún día catedrático de Ciencias Políticas sin la menor aspiración a reformar nada, o perfectamente adaptado a los usos de una universidad cloroformizada. Al mismo José María Maravall le contaba Pradera hacia 1972 que su primera vocación había sido la Medicina pero que en la familia se impuso el Derecho sin margen de discusión y seguramente tutelado, como brillante estudiante con excelentes calificaciones, por un tío inhóspito que no se había movido del carrusel de cargos desde el inicio de la Victoria. Juan José Pradera era en ese momento vicesecretario de Secciones del Movimiento y vicepresidente primero de la Asociación de la Prensa de Madrid, había sido director del muy católico *Ya* hasta 1951, y seguía siendo homosexual disciplinadamente discreto. La familia era, de hecho, puro régimen con dos mártires de la Cruzada.

PRIMERA INTEMPERIE

Ese mundo universitario sin embargo albergaba aguas movedizas invisibles y zonas de tráfico imprevisiblemente agitadas. En ellas quedará atrapado el muchacho confuso durante los dos años posteriores a 1953, cuando Pradera fecha una crisis íntima y profunda, suya y de su grupo inmediato de amigos. Tiene diecinueve años y esa crisis no atañe solo a la fe religiosa, que entra en quiebra definitiva para no volver en ninguna de sus versiones, sino también a la fe ideológica de un joven socializado en el corazón del franquismo. Nada era lo que debía ser ni nada era tampoco lo que parecía para quienes cursaron a pies juntillas, como serios y estudiosos muchachos, la fe del falangismo y la convicción en la revolución social. La disparidad irreductible entre la letra del régimen y la paupérrima realidad franquista dejaba inerme ante las contradicciones. Cebaban sin saberlo una traición ideológica monstruosa.

No fue nunca cargo del falangista Sindicato Español Universitario (SEU) porque ese sindicato encarnaba una aclimatación deshonrosa a la vulgaridad franquista, sin ideal de vida y sin proyecto creíble alguno. Su rebeldía de cariz joseantoniano o ledesmiano fue antifranquista, y tan displicente con la Falange fósil de su casa como con el franquismo granítico. Se siente su entorno de amigos reserva genuina del «falangismo puro» y muy consciente a la vez de que «los marcos del sistema eran absolutamente inamovibles». La Guerra Civil pertenecía a un pasado «lejanísimo» y Franco, sin duda «un enorme corruptor de todo», era un puro «traidor» irrecuperable, como le contaba a Maravall en 1972.

Pero como huérfano de guerra y mártir de la Cruzada el proceso fue más complicado, más torturado y venenoso: esa instalación en el falangismo abstracto, ideológico y joseantoniano podía ser la antesala para una vivencia más radical del desapego, de la disidencia o incluso de la crítica al propio régimen. Ese lugar pedregoso y desafiante era a la vez un lugar culpable: la familia se había roto de forma trágica por la violencia revolucionaria de 1936 y los rojos eran el auténtico enemigo incuestionable. Por eso podía entrar entonces en terreno pantanoso: acentuar la acritud hacia el mundo familiar comportaba la traición a los muertos de casa, a su padre y a su abuelo, pero también a su madre, a su tío, al resto de una familia con complicidades fundadas en la sangre y el duelo.

Sus primeros encuentros con un vasco parlanchín y descarado, Enrique Múgica, pavimentaron esa ruta incierta ligándola a lo que entonces era, o dijo que era Enrique Múgica, «un demócrata-libe-

ral». Se dirigió a él y a su grupo hacia 1953 como agitador e inconformista, como personaje dispuesto a sacudir la modorra de un entorno sin nervio ni ilusión alguna. No era verdad porque la verdad es siempre mucho peor: el enemigo, el auténtico enemigo, había vuelto a casa o había resucitado. Hacía apenas unos meses que actuaba en Madrid una microcélula comunista impulsada por Federico Sánchez, clandestinamente instalado en la capital desde la primavera de 1953. Y uno de sus miembros más activos era Enrique Múgica como aerolito lanzado desde las espesuras del pasado o desde las tinieblas exteriores.

A nada semejante pertenecía Pradera porque su fascismo era reflexivo y político, no mimético o epidérmico. Fue fascista porque las cosas se las tomaba en serio ese joven inteligente, convencido de que el Estado era «el elemento dinámico y reformador» capaz de enfrentarse «a una sociedad pragmática, inerte, egoísta». Defendía con su falangismo «una opción por la interpretación de la historia» y no los intereses de una familia o un botín de guerra. En una facultad fundamentalmente apolítica, convivían con alguna estridencia dos subgrupos minoritarios e ideologizados, los falangistas (que eran «los plebeyos») y los monárquicos (que eran «los señoritos»). Él no estaba cómodo en ninguno de los dos porque había encontrado una tercera opción: los falangistas que vestían la camisa azul no por imperativo de uniformidad sino como expresión de un ideario, los falangistas disidentes e inconformistas, los desengañados del franquismo y movilizados contra el inmovilismo del Movimiento, del SEU y de sus cargos.

En unos pocos meses del verano de 1953 se fraguó la crisis de conciencia que conduciría, dos años después, a su ingreso natural en el Partido Comunista con veintiún años. Todavía la papeleta de los exámenes finales de la carrera le temblaba en una mano en junio de 1955 cuando en la otra empezaban los temblores de la clandestinidad desde septiembre. El tránsito había sido traumático y doloroso, madurado lentamente desde el desengaño del falangista joseantoniano hasta la *inversión totalitaria* que lo lleva hacia la militancia comunista de sus nuevos amigos, y en particular Enrique Múgica. La movilización de una exigua minoría de universitarios estaba en marcha para crecer con cuidado, con astucia e incluso con engaños. Pradera y los suyos fueron carne de cañón sensible al discurso de aquel presunto «demócrata-liberal», capaz de promover una agitación real en forma de encuentros literarios, lecturas de poesía, charlas de discusión ideológica y política. Por eso Múgica entró a Pradera y su grupo de falangistas puros con un largo volantazo de

reproche a Rafael Calvo Serer y su reaccionarismo tradicionalista: estaba en boca de todos un artículo suyo de ese mismo 1953, publicado en la ultraconservadora *Écrits de Paris*, en torno a una Tercera Fuerza apadrinada por el Opus Dei.

Ya no dejarían de discutir y debatir desde entonces, pese a las broncas y las desconfianzas. Empezó entonces un terremoto global, vivido lenta y tortuosamente en la intimidad de la conciencia, en la intimidad familiar y entre los amigos socializados en parecidas ideas joseantonianas y ledesmistas. A Maravall le confiesa que ahí cuajó una «crisis muy gorda de tipo personal, de tipo privado», junto a una «crisis política», también «muy gorda»: el desclasamiento dentro de casa era la primera, el descubrimiento de una nueva ideología era la segunda. *César o nada*, de Baroja, había sido «una especie de libro de cabecera» que se sabían de memoria. Pronto dejarían de ser lo que eran, «un grupo de fascistas puros».

Con su gracia y su punto de frescura imprudente, los primeros contactos con Múgica, Julio Diamante y otros poquísimos comunistas fueron difíciles y abruptos. Se llenaban necesariamente de equívocos porque jugaban todos en el territorio tácito de un inconformismo plagado de equívocos. Los enfrentamientos fueron a veces muy crudos: a Pradera le quedó durante muchos años la memoria de la marrullería maniobrero y maquiavélica de los comunistas, con las consiguientes broncas y trifulcas por deslealtades, por engaños, por «cabronadas» frustrantes mientras colaboraba en los Encuentros de Poesía de 1954. El contacto con esa nueva vanguardia juvenil, su actividad como promotores de charlas y tertulias, estructurarían políticamente sus nuevas experiencias de calado. En el caso de Pradera fueron, sobre todo, tres: las noticias sobre el marxismo escuchadas en clase de Javier Conde en el Instituto de Estudios Políticos, la inmersión en programas de acción del Servicio Universitario del Trabajo y un viaje a Italia, todo en el mismo verano de 1953.

La conexión comunista llegaba por la ruta de lo que Pradera llamaba «inversión de la ideología fascista». La excursión al corazón de la miseria rural y el viaje oxigenador a Italia activaron el contacto progresivamente franco con otra rebeldía juvenil, sintonizada con la suya pero no idéntica, y ni siquiera coherente, pero sí muy atractiva. Pradera creía que sin haber tratado antes a Enrique Múgica, la experiencia de los campos de trabajo del Servicio Universitario del Trabajo (SUT) no hubiese actuado con la hondura con la que lo hizo: descubrió allí un mundo desconocido pero profundamente hiriente. Su destino fue Plasencia primero y después uno de los lugares más miserables de la España de antes y de después de la guerra, las

Hurdes, como a otros les tocaron otros tantos campos y lugares de epifanía social. Ese servicio fue por entonces poco menos que auténtica puerta giratoria hacia la militancia antifranquista, y comunista en particular, como le pasó a su colega de carrera Ramón Tamames, a Jesús López Pacheco, a Clemente Auger, a Nicolás Sartorius y a tantos otros.

El viaje a Italia de ese mismo verano de 1953 tampoco hubiese sido igual sin ese descubrimiento abrupto y descarnado. Italia no fue todavía un viaje político, y se lo repite a Maravall dos veces en 1972: lo hizo con su primo sin otro ánimo que la recreación ociosa de alguien ya intelectualmente activado, socializado en un fascismo frustrado y seguramente en condiciones de empezar su tránsito hacia otra fe. Por eso de Italia regresó con abundante literatura marxista traducida al español, pero también se acordaba de algún título singular, como *Sul fascismo*, de Palmiro Togliatti, a quien conocía por las clases de Conde, cuando el PCI vivía momentos dulces y buenos resultados electorales en Italia. Contaba entonces el partido con el respaldo activo de lo mejor de la clase intelectual, como la editorial de Giulio Einaudi y la nueva literatura y el nuevo cine neorealistas de Elio Vittorini o Cesare Zavattini (quien había pasado una larga temporada en España acompañado de otro comunista de la guerra hoy resucitado, Ricardo Muñoz Suay).

Estaba a punto de quedar atrás la etapa de becario de veinte años en el laboratorio ideológico del régimen, el Instituto de Estudios Políticos, pero no la buenísima memoria que guardaría siempre de sus cursos. Allí aprendió entre 1952 y 1953 lo que no está escrito escuchando a Eduardo García de Enterría, a Enrique Gómez Arboleya y Enrique Tierno Galván, a Manuel Cardenal Iracheta, a Enrique Fuentes Quintana, a Carlos Ollero o al propio Javier Conde, según le contaba a Miguel Ángel Ruiz Carnicer y, según Pradera, sin especial toxicidad ideológica. A casi todos los reencontraría años después como autores, como asesores o como auxilios vitales, excepto a Gómez Arboleya. Se suicidó en 1959 después de haber sembrado la curiosidad en unas cuantas cabezas en torno al valor de la sociología como investigación empírica.

Pradera es ya un muchacho de familia vencedora sacudido por contradicciones flagrantes, hipocresías insolubles, papelones indecentes. Se siente miembro de una hueste sedada por una palabrería en la que ni creen ellos ni creen sus mandos. La desafección falangista contra el Movimiento y el franquismo cuajaba en el contacto con la calle y la miseria, el silencio y las mentiras. La retórica de una revolución social pendiente se desmoronaba en él y en jóvenes algo